

XXII

El 14 de setiembre de 1812, á las dos de la tarde, fué cuando, desde la cúspide de la montaña de la Salvación, el ejército francés descubrió la ciudad santa. Al punto y al igual que sucediera quince años antes en presencia de las Pirámides, ciento veinte mil hombres batieron palmas á los gritos de: ¡Moscou! ¡Moscou! Después de larga navegación por el mar de las estepas, por fin divisaban tierra. Al aspecto de la ciudad de cúpulas de oro, todo lo olvidaron aquellos hombres, incluso la terrible y sangrienta victoria del Moscowa, que entristeciera al ejército al igual que una derrota. Después de haber tocado con una mano el océano Índico, Francia iba á tocar con la otra los mares polares. Nada pudo detenerla, ni el desierto arenoso, ni el desierto de nieve. Realmente era soberana del mundo la que, una tras otra, iba á hacerse consagrar en todas las capitales.

A los gritos de su ejército, que rompe filas y se apiña y aplaude, Napoleón acude, y su primer arranque se traduce en una alegría inefable que, cual auréola, le ilumina la frente. Entonces se levanta sobre sus estribos, y, como todos, grita: ¡Moscou! ¡Moscou! Pero inmediatamente después, cuantos lo rodean lo ven desplomarse sobre su silla á la par que se le nublan los ojos y profiere: «¡Ya era hora!»

El ejército se ha detenido, porque Napoleón espera que por una de aquellas puertas al través de las cuales sus ojos intentan escrutar con avidez el interior de la ciudad, salga una diputación de boyardos de luengas barbas y de doncellas con sendos ramos de flores en las manos, y venga á ofrecerle en una bandeja de plata las llaves de oro de la ciudad santa. Pero todo continúa silencioso y solitario, como si la ciudad es-

tuviese dormida; de las chimeneas no sale ni un hilo de humo; no se ven más que inmensas bandadas de cuervos que, describiendo círculos en el aire, se ciernen sobre el Kremlin, y se abaten sobre alguna cúpula cuyo oro desaparece como bajo luctuoso paño.

Únicamente al otro lado de Moscou, y cual si saliese por la puerta opuesta á la que está frente á los franceses, parece que se ve un ejército en movimiento. Es otra vez aquel enemigo incogible que se nos ha escurrido de entre las manos desde el Niemen hasta el Moscowa y que camina hacia el oriente.

En esto, como si el ejército francés, semejante á su águila, hubiese tendido sus alas, Eugenio y Poniatowski se despliegan á la derecha y rebasan la ciudad, mientras Murat, á quien Napoleón sigue más y más inquieto con la mirada, llega á la extremidad de los arrabales, sin que se haya presentado diputación alguna.

Entonces los mariscales, á quienes ha contagiado la inquietud del César, rodean á Napoleón, que al ver aquellas frentes cuidadosas y puestos en él aquellos ojos interrogadores, adivina que su pensamiento es el de todos, y articula maquinalmente:

—¡Paciencia! ¡paciencia! esos hombres son tan montaraces, que tal vez ni siquiera saben rendirse.

Interin, Murat ha entrado en Moscou; Napoleón no puede moderarse, y envía á Gourgaud tras Murat. Gourgaud da de espuelas á su montura, atraviesa el espacio, entra en Moscou, y empareja con Murat en el instante en que un oficial de Milarodowich comunica de parte de éste al rey de Nápoles que entregará la ciudad á las llamas como no deje retirar libremente á su retaguardia. Gourgaud vuelve las riendas á su caballo, y trasmite á Napoleón la nueva.

—Dejarles que se vayan, dice Napoleón, necesito todo Moscou, desde su más suntuoso palacio hasta su más humilde choza.

Gourgaud lleva esta respuesta á Murat, á quien

encuentra en medio de los cosacos, que miran emboados las bordaduras de la magnífica guerrera que aquél viste y las ondulantes plumas de su sombrero. Murat comunica á los cosacos la nueva del armisticio, da su reloj á un jefe, sus alhajas á otro, y pide prestados á sus edecanes relojes y sortijas.

El ejército ruso, al amparo del convenio verbal, continúa evacuando á Moscou.

Napoleón se detiene á la puerta, en la esperanza de que de la ciudad encantada salgan habitantes. Pero no parece ni uno.

—Señor, la ciudad está desierta, le dicen cuantos oficiales llegan á él.

Napoleón, empero, se resiste á dar crédito á tales palabras, y mira, y aguza el oído. Aquella es la soledad del desierto, aquel el silencio de la muerte. Está á la puerta de la ciudad de las tumbas: Moscou es Pompeya ó Necrópolis.

Con todo eso todavía espera que, como Breno, encontrará al ejército en el Capitolio ó á los senadores en sus sillas curules. A fin de que no se escapen de Moscou sino aquellos que tienen derecho á salir de ella, hace rodear la ciudad, de un lado por el príncipe Eugenio, del otro por el príncipe Poniatowski. Los dos cuerpos de ejército se despliegan describiendo un semicírculo, y envuelven á Moscou. Luego Napoleón ordena al duque de Danzig que con la joven guardia se interne hasta el corazón de la ciudad, y por último, después de haber retardado cuanto ha podido su entrada, como si todavía quisiese dudar del testimonio de sus propios ojos, se decide á atravesar la puerta de Dorogomitoff, hace que llamen al secretario intérprete Leborgne, que conoce á Moscou, le ordena que no se separe de él, y, estirando el cuello hacia aquel gran silencio, sólo interrumpido por el rumor de sus propios pasos, interroga con la mirada todos aquellos monumentos desiertos, todos aquellos palacios abandonados, todas aquellas casas

huérfanas, y, como temeroso de aventurarse en aquella Tebas moderna, se detiene, se apea, y provisionalmente se aloja en una espaciosa hostería solitaria como el resto de la ciudad.

Apenas instalado, Napoleón empieza á expedir órdenes como si acabase de plantar su tienda en un campo de batalla; y es que necesita combatir aquella soledad y aquel silencio para él más terrible que la presencia y el fragor de un ejército. El duque de Treviso queda nombrado gobernador de la provincia; el duque de Danzig recibe orden de apoderarse del Kremlin y de encargarse de la policía de aquel barrio, y el rey de Nápoles perseguirá al enemigo, no lo perderá de vista, y recogerá á sus rezagados y los enviará al emperador.

Llega la noche, y á compás que aumenta la negrura, Napoleón se hunde más y más en la melancolía.

Hacia la puerta de Kolomna se han oído algunos fusilazos: es Murat, que, después de haber salvado novecientas leguas de malos caminos y librado sesenta combates, ha atravesado Moscou, la ciudad de los zares, como habría atravesado un villorrio, y ha dado alcance á los cosacos en el camino de Wladimir.

En esto un ayudante de campo anuncia á Napoleón la llegada de algunos franceses que vienen á solicitar la clemencia de su soberano. Napoleón los hace entrar, les apremia, les interroga, y en cierto modo es él quien se muestra agradecido por haber aquéllos tenido á bien instruirlo. Pero en cuanto empiezan á hablar, Napoleón frunce el cejo, se arrebatá y niega. En efecto, ¡cuentan cosas tan fuera de lo corriente! Según ellos, Moscou está reservada á las llamas, condenada, y eso por los rusos, por sus propios hijos: no, no puede ser.

A las dos de la madrugada sábese que el fuego se ha iniciado en el palacio del Comercio, esto es en el barrio más hermoso de la ciudad. La amenaza de Rostopchín se realiza; pero Napoleón duda todavía:

para él, la causa del incendio no es otra que la imprudencia de algún soldado, y da orden tras orden, y envía correo tras correo. Amanece, y el fuego no ha sido sofocado por no haber, ¡caso inaudito! hallado los soldados bombas en parte alguna. Napoleón no puede contenerse, y vuela personalmente al teatro de la catástrofe. Mortier tiene la culpa de lo que ha sucedido, la joven guardia es la culpada del incendio; el origen de todo es la imprudencia de un soldado. Entonces Mortier muestra á Napoleón una casa cerrada que se inflama espontáneamente, como por arte de magia; y el emperador lanza un suspiro, y sube lentamente y con la cabeza caída las gradas que conducen al Kremlin.

Por fin ha llegado á la anhelada meta: ante él se extiende la antigua mansión de los zares; á su derecha se yergue la iglesia que encierra sus sepulturas; á su izquierda se levanta el palacio del senado, y allá en lo último esconde su remate en las nubes el alto campanario de Iván Welikoi, campanario cuya dorada cruz, destinada de antemano por el César á reemplazar la de los Inválidos, domina todas las cúpulas de Moscou.

Napoleón entra en el palacio, y ni su arquitectura, trasunto de la de Venecia, ni los vastos y suntuosos aposentos que atraviesa, ni la magnífica perspectiva que, desde las ventanas de su habitación, ofrecen el Moskowa, aquel mar de casas de todos colores, aquellas cúpulas de oro ó plata y aquellos tejados de bronce, son parte á arrancarlo de su meditación. No es Moscou lo que tiene entre las manos; es su sombra, su espectro, su fantasma. ¿Quién la ha matado?

De improviso entra un ayudante de campo y dice á Napoleón que el fuego está dominado. ¡Ah! otro enemigo vencido; la fortuna del emperador continúa siendo la de César. La verdad es que, á no ser la soledad y el incendio, todo sucede según Napoleón ha previsto.

Los partes se suceden sin interrupción. El arsenal del Kremlin encierra cuarenta mil fusiles ingleses, austriacos y rusos, cien cañones, lanzas, sables, armaduras y trofeos, quitados á los turcos y á los persas. En la puerta de los Alemanes hanse descubierto, en casas aisladas, cuatro cientos barriles de pólvora y una inmensa cantidad de salitre. La nobleza ha abandonado sus quinientos palacios; pero como están abiertos y amueblados, se alojarán en ellos los oficiales generales del ejército. Algunas casas que se supone están inhabitadas y que pertenecen á la clase media, abrirán sus puertas, y tratando bien á sus habitantes, se atraerá á otros. Por último tenemos á nuestra retaguardia dos cientos cincuenta mil hombres; podemos pues esperar el invierno; la nave de Francia, que bogaba á la conquista de los mares del Norte, quedará cogida durante seis meses en los hielos polares, y nada más. Con la primavera llegará la guerra, y con la guerra la victoria.

Así se adormece Napoleón, mecido por el flujo de sus temores y el reflujo de sus esperanzas.

A media noche se oye nuevamente el grito de: ¡Fuego!

El viento sopla del norte, y al norte de la ciudad es donde estalla el incendio. El acaso secunda pues la llama, que, impelida por el viento, se acerca cada vez más al Kremlin cual ardiente río: ya las pavesas vuelan hasta los tejados del palacio y caen en medio de un parque de artillería alineado al pie de las murallas; pero repentinamente el viento salta al oeste, y la llama cambia de dirección; se extiende, pero se aleja.

De pronto se inicia otro incendio al oeste, y, como el primero, avanza en alas del viento. No parece sino que el punto de cita del fuego es el Kremlin, y que, aliado inteligente de los rusos, se precipita en derechura á Napoleón. Ya no es posible la duda, el incendio es un nuevo plan de destrucción adoptado por el enemigo, y el emperador empieza á rendirse á la evidencia.

A no tardar y de trecho en trecho se elevan nuevos torbellinos de humo que las llamas atraviesan de improviso cual ardientes lanzas, y como el viento ora sopla del norte, ora del oeste, el incendio avanza cual sierpe que se arrastra; acá, acullá y en todas partes se abren candentes surcos que envuelven al Kremlin y parecen llevar en su seno ríos de lava, de los que parten torrentes cada vez más anchurosos. Diríase que la tierra se abre y vomita fuego; ya no es incendio, es un mar de llamas; y la inmensa marea sube, sube incesantemente, y se acerca mugidora, y viene á batir en su base las murallas del Kremlin.

Napoleón pasa la noche contemplando con terror la tempestad de fuego. Aquí acaba su poder, aquí es donde queda vencido su numen. Por fuerza hay un demonio oculto que con su soplo aviva las llamas.

Como Escipión al mirar abrasarse Cartago, Napoleón se estremece al pensar en Roma.

El sol se levanta sobre aquel horno, y con su luz alumbra los desastres de la noche. El fuego ha recorrido su inmenso círculo, repeliendo á cuantos á él han intentado oponerse, acercándose por momentos al Kremlin, donde ahora Hueven los partes.

Ya empiezan á ser conocidos los incendiarios. Durante la noche del 14 al 15, esto es durante la misma noche de la ocupación, ha caído un globo de fuego sobre el palacio del príncipe de Trubetskoi y lo ha incendiado. Esta era indudablemente una señal, pues inmediatamente la Bolsa se ha inflamado, y ha aparecido en dos ó tres puntos el incendio, atizado por las alquitranadas lanzas de los soldados de la policía rusa. En casi todas las estufas los rusos han escondido granadas, y los soldados franceses, al hacer lumbré para calentarse, las han hecho reventar, y, doblemente funestas, han matado á los hombres é incendiado los edificios. Los soldados han pasado la noche huyendo de casa en casa y viendo como la casa en que se encontraban ó aquella en la cual pensaban refu-

giarse, se inflamaba espontáneamente y sin causa visible. Moscou, como las antiguas ciudades malditas de la Biblia, ha sido consagrada á la destrucción, con la única diferencia de que el fuego, en vez de caer del cielo parece salir de la tierra.

Napoleón no puede menos que rendirse á la evidencia; en aquellos incendios, iniciados á una en millares de puntos, ve por fin la obra de una sola voluntad, si no de una misma mano, y pasándose la suya por la sudorienta frente, lanza un suspiro y dice: «Ahí cómo hacen la guerra. La civilización de San Petersburgo nos ha engañado; los rusos modernos continúan siendo los antiguos escitas.»

Inmediatamente el emperador ordena que juzguen y fusilen sumariamente á cuantos se coja incendiando ó avivando las llamas, que se ponga sobre las armas la vieja guardia, de guarnición en el Kremlin, que ensillen los caballos y se enganchen los tiros á los trenes, en una palabra, que se preparen todos para evacuar una ciudad que han venido á buscar de tan lejos y con la cual tanto habían contado.

Una hora después comunican al emperador que sus órdenes quedan cumplidas, y que han sido cogidos, interrogados y fusilados unos veinte incendiarios que, en el interrogatorio, han declarado que entre todos eran novecientos, y que antes de evacuar á Moscou, Rostopchín, el gobernador, los ha hecho esconder en las bodegas para que prendiesen fuego á toda la ciudad, como así lo han efectuado.

Durante este intervalo las llamas han hecho nuevos progresos; el Kremlin parece una isla en medio de un mar de fuego. La atmósfera está cargada de vapores que abrasan, los vidrios del Kremlin, del que han cerrado las ventanas, crugen y saltan en mil pedazos, y el aire que se respira está impregnado de cenizas.

En esto se oyen voces de: ¡Fuego en el Kremlin! ¡fuego en el Kremlin!

Napoleón palidece de ira. Para aquellos Eróstratos

políticos ni siquiera es sagrado el antiguo palacio, el secular Kremlin, la mansión de los zares. Pero á lo menos han cogido al incendiario, y lo llevan á presencia del emperador. Es un soldado de la policía rusa. Napoleón le interroga, y el ruso repite lo que ya va expuesto; á cada cual le ha sido señalada su tarea; á él y á otros ocho les ha correspondido incendiar el Kremlin. Napoleón despidе con asco al ruso, que parece fusilado en el patio.

Entonces todos instan al emperador para que se salga del Kremlin donde el fuego lo persigue; pero él se agarra á su voluntad, y, sordo, inerte, abatido, ni se niega ni acepta.

De improviso circula en torno de Napoleón un sordo murmullo: ¡el Kremlin está minado!

Al mismo instante se oyen los gritos de los granaderos que, sabedores también de la terrible nueva que ha cundido, se empeñan en ver al emperador, en subir por él si él no baja.

Napoleón se decide al fin; pero ¿por dónde salir? Tanto han esperado, que ya no queda salida alguna. El emperador dice á Gourgaud y al príncipe de Neuchatel que se suban á la azotea del Kremlin para ver si descubren algún paso, y al mismo tiempo mandá á varios oficiales de órdenes que con el mismo objeto se desparramen por los alrededores del palacio. Todos obedecen sin dilación: los oficiales bajan con rapidez por todas las escaleras, y Berthier y Gourgaud se suben á la azotea.

Apenas en ella, el príncipe y su compañero tienen que agarrarse uno á otro: la violencia del viento y la rarefacción del aire causan tan terrible tormenta, que el torbellino que va y viene sin cesar por poco los arrebatá; por lo demás, desde el sitio en que están es imposible ver otra cosa que un océano de llamas sin salida y sin límites.

Gourgaud y Berthier se bajan y comunican al emperador lo que pasa.

Napoleón, al escuchar la nueva, dá de lado con sus vacilaciones, y á pique de ir á estrellarse la cabeza contra el incendio, se baja velozmente por la escalera del norte, en la cual han sido degollados los strelitz; pero al llegar al patio, se encuentra con que las llamas bloquean todas las puertas. Han esperado demasiadamente, ya no puede salirse.

En esto un oficial llega jadeante, cubierto de sudor y con los cabellos chamuscados; ha hallado una salida, una poterna que da al Moskowa, á la que cuatro zapadores derriban á hachazos. Napoleón sale por ella y avanza entre muros de rocas seguido de sus oficiales, sus mariscales y su guardia, sin que les quepa más recurso que continuar adelante, ya que retroceder es imposible.

El oficial se ha engañado: la poterna no da al río, sino á una callejuela convertida en deshecho volcán; no importa, mal conduzca la callejuela al infierno, hay que tomar por ella. Napoleón da el ejemplo y avanza á la cabeza de todos bajo la bóveda de fuego sin que nadie busque la salvación lejos de él; si muere, los que le siguen morirán también.

Ya no hay camino, guía ni estrellas; se avanza al acaso, en medio del mugido de las llamas, del chisporroteo de las brasas, del crugido de las bóvedas; todas las casas arden ó ya están quemadas, y de cuantas quedan todavía en pie, salen por puertas y ventanas torrentes de llamas como para perseguir á los fugitivos; caen vigas, el plomo derretido corre por el arroyo; todo está abrasado, ambiente, paredes, firmamento; algunos fugitivos han caído en la calle, sofocados por la falta de aire ó aplastados por los escombros.

En esto, los soldados del primer cuerpo, que están buscando al emperador, aparecen casi en medio de las llamas; lo conocen, y mientras diez ó doce de ellos lo rodean como si fuese ocasión de defenderlo contra un enemigo ordinario, los otros marchan al frente y gritando: «¡Por aquí! ¡por aquí!»

Napoleón se abandona á ellos con la misma confianza que ellos suelen abandonarse á él, y cinco minutos después se halla en seguridad en medio de las ruinas de un barrio reducido á cenizas desde la mañana. Entonces se adelanta entre dos filas de furgones y arcones, y al preguntar de dónde éstos proceden, le responden que es el parque del primer cuerpo, salvado de las llamas. ¡Espanta pensar que todos aquellos aparatos de guerra están henchidos de municiones, y ver que entre sus ruedas arden trozos de madera!

Napoleón ordena que se tome el camino de Petroskói, sitio imperial situado extramuros de la ciudad, á media legua de la puerta de San Petersburgo, en medio del acantonamiento del príncipe Eugenio, y en donde tiene determinado establecer ahora su cuartel general.

Durante dos días con sus noches Moscou continúa ardiendo; por fin, al amanecer del día tercero desaparecen las llamas, y al través del humo que cual manto de niebla lo cubre, Napoleón ve erguirse, ennegrecido y medio consumido, el esqueleto de la ciudad santa.

Fuera de algunas huellas del incendio que no parece sino que las han conservado adrede como sombríos recuerdos de aquellos días terribles, Moscou ha renacido enteramente de sus cenizas, más espléndida, más magnífica y más dorada que nunca. Únicamente el Kremlin, quedado en pie como un antiguo é indestructible testigo de lo que fué, ha conservado su carácter bizantino, que á primera vista lo asemeja al palacio de los duces de Venecia. Este fué el edificio que primeramente visité á mi llegada, y de las cinco puertas abiertas en sus ingentes y almenadas murallas, escogí la de Spaskoi ó la puerta santa, y, según es uso, entré con la cabeza al aire en el antiguo palacio alrededor del cual ha girado la historia de la vieja Moscovia.

El Kremlin, cuyo nombre, según dicen, se deriva de la palabra *Kremle*, que significa Pedro, encierra el senado, el arsenal, la iglesia de la Anunciación, la catedral de la Asunción, donde se coronan los zares, y donde, efectivamente, el emperador Nicolás acababa de ser coronado; la iglesia de San Miguel, que encierra las tumbas de los primeros soberanos del imperio; el palacio de los patriarcas y el palacio de los antiguos zares. Este fué el nido de granito en que nació Pedro I.

Gracias á Iván, que hacía servir para todo la orden del emperador, y ante la cual todos se inclinaban, pude visitar todos los rincones del palacio. Primeramente hice que me mostraran la poterna por la cual Napoleón salió, luego la habitación que para sí escogiera, y en la cual, durante veinticuatro horas y de codos en la ventana, vió avanzar hacia él aquel nuevo enemigo, desconocido, irresistible, indomable, que palmo á palmo lo arrojó de su conquista. Luego me subí á la azotea de donde Gourgaud y Berthier estuvieron á pique de verse precipitados por el viento, y desde ella vi á Moscou, no agonizante, no retorciéndose en medio de las llamas, sino joven, alegre, risueña, sembrada de verdes jardines y reluciente de cúpulas de oro.

Moscou data de mediados del siglo XIII, lo cual quiere decir que no es mucha su antigüedad. Puede que existía mucho tiempo antes, pobre, desconocida y plebeya; pero hasta el treceno siglo no fué elevada á la dignidad de principado, que es cuando la gobernó Miguel el Bravo, hermano de Alejandro Nieuski, que no es otro que el que habiendo tomado el cilicio en las postrimerías de su existencia, ha sido puesto en los altares y se ha convertido en uno de los más milagrosos patronos de San Petersburgo. El origen del nombre de Moscou no despierta las dudas que el del Kremlin. Su padrino es el Moskowa, pequeño, humilde y cenagoso río que nace en Giath y tributa en

el Oka, más allá de Riazán, todo admirado de haber en su curso servido de cinturón á una reina.

El Kremlin está situado en el centro de Moscou y en la parte más elevada, por manera que, desde la azotea del palacio, se domina toda la ciudad y se descubre la irregularidad de ella, irregularidad que la da apariencias de población trazada por la caprichosa fantasía de un arquitecto de las *Mil y una noches*. Desde aquella azotea aparece Moscou en toda su rara variedad, con su mosaico de tejados, sus alminares bizantinos, sus pagodas chinas, sus miradores italianos, sus kioscos indios y sus granjas holandesas. Desde allí ve uno rebullir en los tres barrios que la dividen, sobre todo en el Kitai Gorod ó barrio comercial, á representantes de todos los pueblos de la tierra. En cuanto á las calles, son tortuosas como el río que las atraviesa, y cuyo nombre es fama deriva de una palabra sármata que significa serpiente; pero tienen la ventaja de estar construidas contra el viento y el sol, y de no ofrecer nunca á los espantados ojos esas largas perspectivas que parecen interminables al infeliz peón.

Después de haber pasado una hora contemplando aquel magnífico panorama, pasé junto al senado, inmensa fábrica construida durante el reinado de Catalina, y que en cada uno de los lados del cubo que sustenta su cúpula, ostenta la palabra *ley* esculpida en gruesos caracteres rusos. Como la sala de sesiones ofrecía para mí poco ó ningún interés, y, por otra parte, el tiempo de mi estancia en Moscou era limitado, me encaminé al arsenal, vasto edificio empezado en 1702, bajo el imperio de Pedro I. Minado en 1812, cuando la retirada del ejército francés, el arsenal conserva todavía huellas de la horrorosa explosión que lo arruinó en gran parte, sin romper un cristal que cubría la imagen de San Nicolás, caso que se atribuyó á milagro del santo, como consta en una inscripción grabada al pie de él. Otra prueba de un milagro no

menos notable, pero del que es autor el invierno, santo mucho más poderoso aun que san Alejandro Nieuski, son los 870 cañones cogidos á los franceses y á sus aliados, y encontrados en los caminos, al borde de los ríos y en el fondo de los barrancos, desde Moscou á Wilna. Dichos cañones están alineados delante de la fachada del edificio, y cada uno de ellos, pese á estar cautivo, ostenta aún el orgulloso nombre con que lo bautizó el fundidor, en su ignorancia de lo venidero. Este se llama el Invencible, aquel el Vencedor, esotro el Incogible, etc. El sitio en que están prueba que no es únicamente en las columnas y en las tumbas donde se ha tomado la costumbre de mentir.

Delante de una de las fachadas laterales campea el famoso cañón fundido en 1694, de peso 96,000 libras trece onzas, largo de 17 pies, y de 4 pies y 3 pulgadas de diámetro; está rodeado de otros muchos cañones turcos y persas de los que parece el abuelo, aunque el más pequeño de ellos tomado aisladamente es enorme. Todos están sobrecargados de adornos orientales estrafalarios en conjunto, pero de preciosos portamentos, y cada uno de ellos, como en demostración de su potencia, lleva escrito en su culata el guarismo de su peso. Comparado con el más pequeño de aquellos cañones, el mayor de los nuestros parece un juguete de niño.

Frente á la fachada que sirve de último plan á los cañones, se alza el campanario de Iván Velikoi, construido para perpetuar el recuerdo del hambre que diezmó á Moscou en 1600. El campanario es octogonal, y la cúpula está enteramente cubierta de oro de ducado, ó á lo menos tal aseguran. La cruz que servía de remate á la iglesia, la mandó arrancar en su retirada Napoleón, que la destinaba á la cúpula de los Inválidos; pero los que tenían encargo de llevarla la arrojaron al Beresina por no poder arrastrarla más allá. Los rusos la han sustituido con otra de madera chapeada de bronce dorado. Al pie de aquella iglesia,

en una cavidad circular forrada de planchas, yace la famosa campana eterna, trasladada de Novogorod á Moscou, donde había de imperar sobre otras treinta y dos campanas que forman el reloj de música de la iglesia de Iván el Grande. Durante algún tiempo la campana aquella reinó en efecto sobre sus compañeras, tanto por su magnitud como por su sonido; pero un día rompió sus vínculos, cayó, y, en su caída, se enterró á muchos pies de profundidad. Para llegar á aquella montaña de bronce, á la que se da la vuelta pasando por encima de una pared de ladrillos construida con el fin de sostenerla, se baja por una trapa que conduce á una escalera de veinte peldaños, guardada por una centinela que advierte al visitante que ponga mucho cuidado en no romperse el bautismo. La circunferencia de la campana mide 67 pies 4 pulgadas, lo que da un diámetro de 22 pies 4 $\frac{1}{2}$ pulgadas; su altura es de 21 pies 4 $\frac{1}{2}$ pulgadas, su grueso, en el sitio donde golpeaba el badajo, 23 pulgadas, y su peso 443,772 libras, por donde se sigue que al simple precio del metal, esto es á pesetas 3'70 la libra, representa más de millón y medio de pesetas. Pero el valor de la campana aumenta del triplo, cuando se sabe que en el momento de fundirla, los nobles y el pueblo acudieron á echar á porfía en el líquido metal monedas de oro y plata y su plata labrada. Fueron pues de cuatro y medio á cinco millones de pesetas los que sin utilidad quedaron enterrados en aquella especie de cueva.

En ciertos días del año los campesinos visitan con gran devoción la famosa campana, y al bajar y al subir se signan en cada uno de los peldaños de la escalera.

Como referente al Kremlin quería concluir de una vez, entré en la iglesia de la Asunción, en la que seis semanas antes se había celebrado la ceremonia de coronar al emperador. Es, la Asunción, un edificio pequeño, de forma cuadrada, y que, fundado en 1325, se derrumbó en 1474 y fué reedificado al año siguiente

por unos arquitectos italianos que Iván III hizo venir de Florencia. Esta iglesia, que puede contener unas 500 personas, encierra las tumbas de los patriarcas y el trono de los zares. Antes de 1812 estaba iluminada por una araña de plata que pesaba más de 3,700 libras, y que desapareció durante la invasión francesa. En desquite, la que la ha sustituido fué fundida con la plata quitada á los franceses durante su retirada. Verdad que la iglesia ha perdido en esta forzosa sustitución, pues la araña actual sólo pesa 660 libras.

Habríame placido grandemente visitar el mismo día el palacio de Petroskoi; pero vedóme el estar convidado á comer en casa de la condesa de Waninkoff. Contentéme pues con mirar de paso el patíbulo de piedra en el que el sangriento civilizador de Rusia ejecutó las sentencias de muerte con la misma mano que las firmara, y dije á Iván que me acompañase á la iglesia del Patrocinio de Nuestra Señora, á la que los rusos dan el nombre de Vassili Blajennoi, y que es la más curiosa de las doscientas sesenta y tres que encierran las murallas de la capital. Este monumento, erigido en 1354, en tiempo de Iván el Terrible y en conmemoración de la toma de Kasán, es obra de un arquitecto italiano que, llamado del seno de la más refinada civilización á la corte de un pueblo bárbaro, quiso hacer algo que, por su rareza, satisficiera el tosco gusto del zar. Sobre el tejado de Vassili Blajennoi se alzan diez y siete cúpulas cada una de forma y color diferente. Gracias á esta disparatada colección de bolas, piñas y melones, verdes, rojos, azules, amarillos y morados, Iván el Terrible quedó sumamente complacido, y tanto aumentó luego su satisfacción, que en el instante en que el arquitecto fué á despedirse de él para reclamarle su salario y volverse á Italia, Iván ordenó que le entregaran el doble del precio estipulado y le hizo vaciar los ojos para que no le viniese en deseo dotar á la ciudad de los Médicis de una obra maestra igual á la que él poseía.

Llegada la hora, me encaminé á casa de la condesa de Waninkoff, y en ella encontré á Luisa ya instalada. Sin embargo, sólo pudieron obtener de ella que se quedase en Moscou hasta el subsiguiente día. En cuanto al niño, era ya el amo de la casa: apenas profería una voz, todas se levantaban.

Olvidábaseme decir que la nodriza del rorro ostentaba un precioso traje nacional, regalo de las hermanas de Alejo.

La conversación, como es de suponer, sólo versó sobre el destierro del conde y la abnegación de Luisa. ¿Cómo lo pasaba Waninkoff en el riñón de la Siberia? ¿era libre? ¿estaba preso? Ahí lo que todos ignorábamos. El invierno iba acercándose, y, durante él, en aquellas comarcas septentrionales el frío llega en ocasiones á -40° ó -45° , lo cual inspiraba las más vivas inquietudes á aquellas pobres mujeres, cuanto más que sabían que Alejo, como la mayor parte de los jóvenes rusos nobles y ricos, estaba acostumbrado á todos los goces del lujo y á todos los regalos del Oriente. Así pues, so pretexto de suavizar el destierro de Waninkoff, la condesa y sus hijas ya habían ofrecido bajo mil formas diferentes una verdadera fortuna á Luisa, que se negó á admitir otra cosa que unas pellizas, alegando que lo que más necesitaba Alejo era mucho amor, muchos cuidados y gran copia de abnegación, de todo lo cual ella le llevaba un tesoro.

También á mí me ofrecieron regalos la condesa y sus hijas, pero imitando á mi paisana, me limité á agradecer la buena voluntad. Con todo, dejéme tentar por un sable turco que había pertenecido al conde, y que, por lo demás, era más precioso por el temple de su hoja que no por su montura.

No obstante estar Luisa y yo grandemente fatigados del viaje, la excelente familia de Alejo, que creía ver en nosotros algo de aquel á quien perdiera, nos retuvo hasta media noche, hora en que, por fin, obtuve el permiso de retirarme. En cuanto á mi compa-

triota, desde la mañana había quedado resuelto que no volvería á la fonda, y al instante le prepararon el más lindo aposento de la casa.

Como antes de separarme de Iván le advertí que tenía dispuesto ir á almorzar á Petroskoi á la mañana siguiente, á las siete estaba ya aquél con su droschki á la puerta de la fonda.

Mi ida á Petroskoi era para mí una peregrinación patriótica, pues allí pasó Napoleón los tres días que duró el incendio de Moscou.

Tres cuarto de horas después de haber salido de la fonda llegamos al imperial sitio, que da su nombre á un lindísimo pueblo formado casi todo él de suntuosas quintas de los más acaudalados señores de Moscou.

Petroskoi es un edificio de forma rara, que dentro de sus líneas modernas imita el estilo de los antiguos palacios tártaros. Para llegar á él hay que atravesar un bosquecillo de abetos, entre los cuales saludé con alegría casi infantil algunas corpulentas encinas que me recordaron los majestuosos bosques de mi patria.

Al salir del palacio, Iván, que me había dejado por breve tiempo para ir á encargarse del almuerzo en la posada, volvió para decirme todo alegre que por una casualidad para mí favorabilísima, una colonia de gitanos había aquel año escogido á Petroskoi para su domicilio. Yo, que conocía la pasión de los grandes señores rusos por aquellos *tsiganes*, que son para ellos lo que las almeas para los egipcios y las bayaderas para los indios, me tanteé los bolsillos, y, habiéndolos hallado repletos, resolví darme, durante mi almuerzo, un placer de príncipe. En consecuencia dije á Iván que me condujese á casa de los susodichos gitanos, impelido por la curiosidad de ver personalmente y en su casa á aquellos descendientes de los coftos y de los nubios.

Iván se detuvo delante de una de las más hermosas casas del pueblo, la que los gitanos escogieran para

su domicilio; pero éstos se habían ya salido, llamados durante la noche á diferentes palacios de los que aun no estaban de regreso. Así nos lo dijo una criada maltesa que estaba al servicio de los *tsiganes* y que chapurraba el italiano.

—Si no es indiscreción, ¿puedo en ausencia de los amos visitar su morada? pregunté á la maltesa.—Sí, señor, me respondió ésta, abriendo de par en par la puerta del santuario.

La pieza en que me introdujeron, y que era el dormitorio común, tendría unos diez metros de longitud por siete de anchura, y á uno y otro lado de la parte más larga estaban alineadas gran número de camas provistas de colchones, sábanas y colchas, mucho mejores y sobre todo imponderablemente más limpias que no suelen serlo las camas rusas. Aquellas camas revelaban el origen oriental de sus dueños, pues en algunas de ellas ví hasta seis ú ocho almohadas de especies distintas, largas unas como travesaños, otras pequeñas como los cojines en que las francesas descansan los pies. De las cabeceras colgaban los instrumentos, las armas ó las alhajas de aquel ó aquella á quien la cama pertenecía.

Dado que hube dos ó tres vueltas alrededor de aquel dormitorio, y viendo que los *tsiganes* no venían, expuse á la maltesa mi deseo de que amenizasen mi almuerzo cuatro ó cinco gitanos, y al mismo tiempo le manifesté mi temor de que éstos, por haber pasado la noche fuera de casa, estuviesen demasíadamente fatigados para complacerme.

—Tranquílcese V., me respondió la maltesa, puede usted contar con los primeros que se recojan; por muy fatigados que estén, dormirán más tarde.

El dueño del restaurante en que Iván encomendó el almuerzo era un francés que se quedara en el imperio moscovita después de la retirada, y que, antiguo cocinero de Berthier, había decidido utilizar sus talentos. En Rusia, los cocineros y los maestros

siempre están seguros de no pasar mucho tiempo mano sobre mano; por manera que á mi paisano le bastó darse á conocer para entrar sin dilación al servicio de un príncipe ruso, y como la casa era buena, le bastaron seis ó siete años para retirarse con un caudal más que mediano, con el que fundó su restaurante, donde estaba en vías de labrar una fortuna.

Sabedor mi francés de que tenía que habérselas con un su compatriota, me trató como tal, quiero decir que encontré un suculentísimo almuerzo servido en la más hermosa pieza del restaurante.

En verdad, aquel lujo me hizo estremecer por mi bolsa, pero ¡bah! ¿no había determinado darme una mañana de gran señor y compartir con Iván mi fastuosa prodigalidad?

A los postres y cuando empezaba á perder la esperanza de ver á los gitanos, subió el dueño del restaurante para decirme que aquéllos estaban abajo.

—Que suban, que suban, respondí.

Poco después ví entrar dos hombres y tres mujeres.

Confieso que de buenas á primeras me costó comprender la pasión de los rusos por tan singulares criaturas, entre las cuales el famoso conde de Tolstoi y el príncipe de Cagarín han ido á buscar sus legítimas esposas. Dos de las tres gitanas eran feísimas, y la otra, que se presentó con la confianza que da la superioridad de la hermosura ó del talento, más me pareció, como sus compañeras, una bestia montaraz con formas humanas que no una mujer. En efecto, sus negros y fatigados ojos tenían la arisca expresión de los de una gacela adormecida, y su cobrizo cutis parecía algo así como la piel de una serpiente. Por lo demás, al través de sus casi descoloridos labios brillaban dos hileras de blanquísimos dientes, y de unos anchos pantalones á la turca salían unos pies de niña, pequeños y delgados como en mi vida los había visto. Hombres y mujeres, por otra parte, parecían estar

extenuados, por donde colegí que sólo el amor al lucro se había sobrepuesto á sus fuerzas.

El gitano de más edad, que parecía ejercer cierta autoridad patriarcal sobre los demás, se sentó, con una guitarra en la mano, en una de esas gigantescas estufas que en Rusia ocupan la tercera parte de toda pieza tal cual cómoda, y mientras arrancaba á su instrumento algunos sonidos vagos, el otro hombre y las dos mujeres se acurrucaron junto á él. Únicamente la más vistosa de las tres quedó en pie, un tanto agobiada, con las rodillas ligeramente encogidas y la cabeza ladeada, como pájaro que busca el abrigo de su ala para dormirse.

A no tardar los sonidos vagos se cambiaron en acordes; luego y sin preparación alguna, el guitarrista entonó de improviso una canción, ó por mejor decir una cantata viva, animada, estridente, que, después de algunos compases, las dos mujeres y el hombre acurrucados acompañaron á coro, durante el cual la gitana que se quedara en pie pareció despertarse, moviendo suavemente la cabeza como para marcar la cadencia; luego, cuando el coro hubo acabado, hizo surgir de aquella mata de notas, si vale expresarse así, un canto elegante, suave, sutil y delicado, que remató en una oleada de notas agudas de una afinación maravillosa y de singular hechizo; al llegar aquí repitióse el coro, en el que la cantarina engertó de nuevo su melodiosa y suave improvisación. Y así por tercera vez, siempre con la misma afinación y la misma suavidad, como si hubiese tenido que componer un ramillete con tres flores de color y aroma diferentes. Por su parte el coro cantó por última vez y acabó *smorzando*. No parecía sino que las fuerzas de los cantores se hubiesen agotado en la última nota, triste como un postrer suspiro.

No acierto á explicar la impresión áspera y profunda que me causó aquel canto montaraz y sin embargo melodioso. Fué como el que haría oír de im-

proviso, en uno de nuestros parques acostumbrados al gorjeo del ruiseñor y de la alondra, algún desconocido pájaro de las selvas vírgenes de América, que canta, no para los hombres, sino para el desierto y para Dios. Yo quedé inmóvil y con los ojos puestos en la cantarina, sin atreverme á respirar y con el corazón opreso como por un dolor. Prontamente vibró la guitarra bajo los dedos del añoso gitano, y las mujeres y el hombre acurrucados á sus pies se levantaron cual despedidos por un muelle; un compás lleno de vida dió la señal de la danza, y, asiéndose las manos, los tres gitanos empezaron una especie de ronda alrededor de la cantarina, encerrándola con sus brazos como en un círculo, mientras ella, columpiándose sobre sí misma, parecía animarse más y más, hasta que, habiéndose los otros detenido, rompió la cadena en que aquéllos la encerraran y empezó á saltar á su vez.

El ejercicio de la gitana, al principio más que danza fué pantomima. Cual mariposa que sale de su crisálida y que ve por vez primera el espacio abierto á sus alas, pareció volar insegura y pronta á posarse sobre todo; con sus piescitos daba pasos tan inmensos y tan ligeros, que pudiera haberse creído que la sostenía un alambre, como á las sílfides de la Ópera. Mientras sus miembros, que yo supusiera quebrantados por la fatiga, recobraron la elasticidad y la fuerza de los de la gacela, sus ojos, al parecer adormecidos, se reanimaron y despidieron llamas; sus labios, que al principio parecían no poder abrirse, se encogieron lascivamente en las comisuras y dejaron al descubierto dos hileras de magníficos dientes: la mariposa se había convertido en mujer, y la mujer se convertía en bacante.

Entonces y como arrebatado por las vibraciones de la guitarra y atraído á la persecución de la gitana, el gitano se abalanzó y rozó con sus labios el hombro de la danzarina, que dió un brinco y lanzó una gran voz

como si hubiese sentido el contacto de un hierro candente. A esto siguió entre ellos una como carrera circular en que la mujer pareció perder paulatinamente sus deseos de huir, hasta que por fin se detuvo, se volvió de cara á su pareja, y empezó una danza que tanto tenía de la pirrica griega como del jaleo español y de la chica americana: era á un tiempo una fuga y una provocación, una lucha en la cual la mujer se escurría como una culebra y en la que el hombre perseguía como un tigre. La música era cada vez más vibrante; las otras dos gitanas gritaban y saltaban como hienas enamoradas, pateando y palmoteando: por último, y al parecer llegados al límite de las fuerzas humanas, hombres y mujeres lanzaron unánimes un grito de cansancio, de rabia y de amor, y mientras las dos gitanas y el gitano se dejaban caer en tierra, la danzarina se plantó de un brinco y cuando yo me- nos lo esperaba en mis muslos, y enlazándome con sus brazos como una doble serpiente, puso en los míos sus labios perfumados con no sé qué yerba de Oriente.

Era su modo de pedir lo que se le debía por el maravilloso espectáculo que acababa de darme.

Vacié mis bolsillos sobre la mesa, y fué para mí una fortuna el no llevar encima más que dos ó trescientos rublos, pues le habría dado un tesoro si conmigo lo hubiese traído.

Aquel día comprendí la pasión que por las gitanas sienten los rusos.

XXIII

Cuanto más se acercaba el momento de la marcha de Luisa, más era la persistencia con que se presentaba á mi corazón y á mi conciencia, si puedo expresarme así, una idea que repetidas veces se había despertado en mi mente. Informado en Moscou de las

dificultades que en invierno ofrece el camino hasta Tobolsk, supe que Luisa tendría que vencer, además de aquéllas, muchos y graves peligros. Ocioso es pues decir que desde entonces dolíome en el alma abandonar en su abnegación á una pobre mujer sin familia, parientes ni otro amigo que á mí, á ochocientas leguas de su patria, de la que iba á alejarse otras novecientas leguas. La parte que, en los diez y ocho meses que hacía que estaba yo en San Petersburgo, había tomado en sus alegrías y en sus pesares; la protección que, gracias á su recomendación, me concediera el conde Alejo, y á la cual debí el empleo que el emperador se dignara conferirme, y, más que todo, la voz interna que dicta al hombre su deber en las grandes circunstancias de la vida en que su interés lucha con su conciencia, todo me aconsejaba que acompañase á Luisa hasta el término de su viaje y la pusiese en manos de Alejo. Por otra parte un presentimiento me decía que si me separaba de ella en Moscou, y por el camino le sobrevenia alguna desgracia, sería para mí no sólo un dolor, pero también un remordimiento. Resolví pues, - porque no me llamaba á engaño respecto de los inconvenientes que tenía para mí y en mi estado tal viaje, para el cual no había pedido licencia al emperador, y que tal vez sería mal interpretado, - hacer cuanto estuviese en mi mano para obtener de Luisa que aplazase su viaje hasta la primavera, y, de persistir en su resolución, partir con ella.

No se hizo esperar la ocasión de intentar un pos- ter esfuerzo tocante á este punto. Aquella misma tarde y mientras tomábamos el té la condesa y sus hijas, mi compatriota y yo, la madre de Alejo asió las manos á Luisa, y después de hacerla sabedora de los riesgos á que se exponía, le rogó encarecidamente que, por mucho que ella, como madre, anhelaba que su hijo tuviese una consoladora, pasase con ellas el invierno en Moscou. Al oír yo la proposición de la condesa, uní á las suyas mis instancias; pero Luisa, son-